

[Alexanderplatz]
LOS BUENOS ALUMNOS
EL VIAJE A JONOSTROV
Boris Vian

[B o r i s · V i a n]

Aguardé a mis 23 años para escribir. Ah, los jóvenes. Eso es abnegación. Luego intenté contar a la gente historias que nunca había leído. Pura tontería, doble tontería: a la gente sólo le gusta lo que ya conoce; pero a mí no me complace, por lo que conozco, en literatura. En el fondo, las historias me las contaba a mí. Me hubiera gustado leerlas en los libros de los demás. Pero ahora, me diréis, escribo cosas que ya conozco; pues bien, estoy de acuerdo en que no lo llaméis literatura; y os hablo en plural, porque bien habrá algunas personas que lo lean, sed decentes, vamos. E incluso si no. ¿Acaso no tengo derecho a dirigirme a gente que no me escucha? En fin, no conté mis amores en una primera novela, mi educación en la segunda, mis purgaciones en la tercera ni mi vida militar en la cuarta; sólo he hablado de cosas que ignoro por completo. Esta es la verdadera honestidad intelectual. No se puede traicionar el tema cuando no hay tema -o cuando no es real.

[R a y m o n d · Q u e n e a u]

Boris Vian es un hombre instruido y bien educado, proviene de *Centrale*, lo que no es poco, pero eso no es todo:

Boris Vian tocó la trompeta como ninguno, fue uno de los renovadores de la *cave* en Francia; defendió el estilo Nueva Orleans, pero eso no es todo:

Boris Vian también defendió el bebop, pero eso no es todo:

Boris Vian pasó ante la justicia de los hombres por escribir *J'irai cracher sur vos tombes*, bajo el nombre de Vernon Sullivan, pero eso no es todo:

Boris Vian ha escrito otros tres pseudoepígrafes, pero eso no es todo:

Boris Vian tradujo verdaderos textos americanos auténticos absolutamente, e incluso con las dificultades del idioma que son increíbles, pero eso no es todo:

Boris Vian escribió una obra de teatro, *L'Équarrissage pour tous*, que fue interpretada por verdaderos actores sobre una verdadera escena, sin embargo no contaba con las restricciones de la Q.I.R., pero eso no es todo:

Boris Vian fue uno de los fundadores de una de las sociedades más secretas de París, el *Club des Savanturiers*, pero eso no es todo:

Boris Vian escribió hermosos libros, extraños y patéticos, *L'Écume des jours*, las más conmovedora de las novelas de amor contemporáneas; *Les Fourmis*, el más termitante de los relatos escritos sobre la guerra; *L'Automone à Pékin*, que es una obra difícil e infravalorada, pero eso no es todo:

Porque todo esto no es nada aún: Boris Vian se convertirá en Boris Vian.»

Lune y Paton bajaron la escalera de la Escuela de los Kanas. Salían de la clase de Anatomía contribuyente y se aprestaban a almorzar antes de reanudar su turno ante el inmueble del Partido Conformista, cuyas vidrieras acababan de romper unos energúmenos con bastones nudosos. Balanceaban alegremente sus esclavinas azules silbando una marcha kana, que se acompasa, cada tres tiempos, con un buen bastonazo blanco sobre el muslo del vecino, y por esa razón debe ser ejecutada preferentemente por un número par de kanas. Giraron al final de la escalera y tomaron el corredor abovedado del refectorio. Bajo las viejas piedras, la marcha resonaba curiosamente, ya que el aire entraba en vibración para el la bemol 4, del que el tema completo no llevaba menos de trescientos treinta y seis. A la izquierda, en el patio rectangular y plantado de árboles en forma de torta, otros futuros kanas hacían ejercicios de flexibilidad, jugando al salto a la vaca en patines, estudiando la contradanza al son de un violín, martillando calabazas que debían partir de un solo golpe con sus porras verdes de ejercicio. Lune y Paton no prestaron la menor atención a ese espectáculo en el que participaban como actores todos los días salvo el jueves, día de descanso para los kanas.

Lune empujó el portón del refectorio y pasó primero. Paton esperó un minuto para terminar la marcha de los kanas porque no silbaba tan rápido como Lune. Por otras puertas, los alumnos de la Escuela llegaban en grupos de dos o tres, muy animados, porque habían tenido exámenes el día anterior y esa mañana.

Lune y Paton se dirigieron hacia la mesa siete donde se encontraron con Arrelent y Poland, dos de los kanas más atrasados de la Escuela, cosa que compensaban con un descaro poco común. Se sentaron todos en un gorgoteo de sillas aplastadas.

- ¿Anduvo bien? -preguntó Lune a Arrelent.

- ¡Kojones molidos! -respondió Arrelent-. ¡Me dieron una vejeta de prueba que tenía como setenta pirulos, y dura como un caballo, la zorra!

- Yo rompí los nueve dientes de la mía de un solo golpe -dijo Poland-. El examinador me felicitó.

- ¡Qué mala pata! -insistía Arrelent-. Me dio tanta bronca que perdí mi pasaje a la esclavina de plomo.

- Yo sé por qué -dijo Paton-. Ya no encuentran suficientes en los barrios pobres, entonces nos dan algunas que vienen de lugares mejor alimentados. Esas aguantan más. Fíjate que para las mujeres todavía puede andar, pero esta mañana me costó un trabajo loco hundir mi porra en el ojo de mi tipo...

- Sí -dijo Arrelent-, yo había previsto la cosa, y arreglé un poco mi porra.

Se la mostró. Hábilmente había afinado la extremidad.

- Como en la manteca -afirmó-. Hice un esfuerzo terrible y gané dos puntos más. Eso me desquitó de ayer...

- Los chicos también son duros este año -dijo Lune-. Al que tenía ayer a la mañana no le pude romper más que una muñeca a la vez. Para los tobillos tuve que arreglármelas a zapatazos. Es una porquería.

- Es lo mismo -dijo Arrelent-. Ya no se consiguen más los de la Asistencia. Estos son chicos de depósito, entonces no se puede saber. Te toca uno bueno o uno malo. Es la suerte. Los que estaban bien alimentados son difíciles de estropear rápido. Tienen pieles duras.

- A mí -dijo Poland- se me descosieron los plomos de mi esclavina, así que no me quedaban más que siete sobre dieciséis, tuve que golpear dos veces más rápido [1], ¡iqué reventado estaba, palabra de honor...! Pero el sargento estaba contento de verlo. Simplemente me dijo que los cosiera más sólido la próxima vez. Me castigaron.

Dejaron de hablar porque traían la sopa. Lune agarró el cucharón y lo hundió en la marmita. Era sopa de espigas con grasa que sobrenadaba. Se sirvieron porciones grandes.

II

Lune esperaba de facción ante el inmueble del Partido Conformista. Miraba los libros y los títulos le hacían doler la cabeza. Nunca leía nada más que su breviario kana, con los cuatro mil casos de contradanza que debía saber de memoria, desde el pipí en la calle hasta hablar demasiado a un kana. La lectura del breviario regularmente le daba rabia no bien llegaba a la página 50, donde una ilustración mostraba a un hombre atravesando una gran avenida fuera del pasaje peatonal. Cada vez escupía en el suelo, de asco, y daba vuelta la hoja con furor para tranquilizarse ante la vista del "buen kana" de botones brillantes, cuyo retrato venía a continuación. Por un curioso azar, el "buen kana" se parecía a su compañero Paton, que estaba de plantón del otro lado del inmueble.

De lejos bajaba por la calle un coche grande cargado de viguetas de acero al barbandiumg. Un pequeño aprendiz estaba encaramado en el extremo de la más larga, que bailaba detrás, en vilo. Agitaba un gran trapo rojo para meter miedo a la gente, pero algunas ranas, atraídas, se abalanzaban sobre él de todas partes, y el desdichado chico se debatía sin cesar contra sus pieles mojadas. El camión saltaba con sus cuatro gomas duras y negras, y el chico bailaba como sobre una raqueta. El camión pasó delante del inmueble: hubo un traqueteo más fuerte que los otros y, justo en el mismo momento, una gruesa rubeta verde espinaca se escurrió, por el cuello de su camisa, hasta debajo de la axila del chico. Lanzando un chillido, éste soltó prenda. Describió un arco de lemniscata velada y aterrizó de lleno en la vidriera de los libros. No escuchando más que su coraje, Lune se puso a silbar con todas sus fuerzas y se abalanzó sobre el chico. Lo sacó por los pies a través de la abertura y se puso a golpearle un poquito la cabeza en el pico de gas más cercano. Un grueso fragmento de vidrio, plantado en la espalda del niño, reflejaba la luz del sol, y la mancha luminosa bailaba sobre la vereda reseca.

- ¡Otro fascista! -dijo Paton, que llegaba.

Un empleado de la librería se acercó a ellos.

- Tal vez sea un accidente -dijo-, Parece joven para ser fascista.

- ¡Qué va! -dijo Lune-. ¡Yo lo vi...! ¡Lo hizo a propósito...!

- ¡Hum...! -dijo el empleado.

Lune soltó al niño, furioso.

- ¿Va a enseñarme mi oficio? ¡Lo meto adentro si insiste!

- Sí -dijo el empleado.

Recogió al chico y entró en la librería.

- ¡Qué cerdo! -dijo Paton-. ¡Vas a ver lo que le costará eso...!

- ¡Y qué te parece...! -dijo Lune con satisfacción-. Es un ascenso en perspectiva... ¡Y quizá podamos recuperar al fascista para la Escuela...!

III

- Qué aburrimiento hoy -dijo Paton.

- Sí -dijo Lune-. ¿Te acuerdas, la semana pasada?

- Habría que hacer algo -dijo Lune-. Si nos sucediera algo una vez por semana ... ¡sería macanudo...!

- Sí... -dijo Paton-. ¡Oh...! ¡Fíjate...!

Había dos chicas muy lindas en el bar de al lado.

- ¿Qué hora es? -dijo Lune.

- Diez minutos más y terminamos -dijo Paton.

- ¡Estupendo...! -dijo Lune. Estaba mirando a las chicas-. ¿Vamos a tomar un trago?

- Sí -contestó Paton.

IV

- ¿La volviste a ver hoy? -preguntó Paton.

- No -respondió Lune-. No podía. ¡Qué día asqueroso...!

Estaban de guardia ante la puerta del Ministerio de Ganancias y Pérdidas.

- No pasa nadie por aquí -dijo Lune-. Es... Se interrumpió porque una anciana le dirigía la palabra.

- Perdón, señor, ¿la calle Dezecole?

- Dale -dijo Lune.

Y Paton asestó un gran porrazo sobre la cabeza de la señora. La pusieron contra la pared.

- ¡Vieja puerca! -dijo Lune-. ¿No puede hablar a mi izquierda, como todo el mundo? En fin, por lo menos es una distracción -concluyó.

Paton frotaba su porra con un pañuelo a cuadros.

- ¿Qué hace tu chica? -preguntó Paton.

- No sé -dijo Lune-. Pero es buena, sabes...

- ¿Acaso... bien? -preguntó Paton.

Lune se ruborizó.

- Eres una porquería. No comprendes nada de los sentimientos.

- Entonces, ¿no la ves esta noche? -dijo Paton.

- No -respondió Lune-. ¿Qué podría hacer para ocupar la velada?

- Podemos ir a los Negocios Generales -dijo Paton-. Siempre hay gente que viene a birlar cosas para comer.

- No estamos de servicio -dijo Lune.

- No hay más que ir -dijo Paton-. Es divertido, tal vez detengamos a alguien. Pero si prefieres, podemos ir al...

- Paton -dijo Lune-, sabía que eras un chanco, pero, realmente, no te das cuenta. No podría hacer eso en este momento.

- Estás chiflado -dijo Paton-... Bueno, no quiero ser mal amigo. Iremos a los Negocios Generales. Pero lleva tu ferretería, de todos modos podemos hacer un blanco.

- ¡Y qué te parece! -dijo Lune muy excitado-. Vamos a bajar como mínimo dos docenas...

- Me parece que estás enamorado en serio -dijo Paton.

V

Paton pasó primero. Lune lo seguía de cerca. Bordearon la pared de ladrillo molido y llegaron a la brecha cuidadosamente mantenida por el guardián para evitar que los ladrones estropearan la pared al escalarla. Entraron. La brecha daba a un estrecho sendero provisto, de ambas partes, de alambres de púas, que sólo dejaban a los ladrones la posibilidad de seguirlo. En el suelo se habían practicado algunos agujeros para permitir que los kanas se agazaparan y apuntaran bien. Lune y Paton escogieron uno de dos plazas. Se instalaron cómodamente y no habían transcurrido dos minutos cuando oyeron el motor del ómnibus que traía a los ladrones a pie de obra. Percibieron el tintineo del timbre y los primeros ladrones aparecieron en la brecha. Lune y Paton se taparon

los ojos para no verlos. Era más gracioso bajarlos a la vuelta. Pasaron. Estaban todos descalzos, por el ruido y porque los zapatos son caros. Habían pasado.

- Confiesa que te gustaría más estar con ella -dijo Paton.

- Sí -dijo Lune-. No sé qué me pasa. Debo estar enamorado.

- Te lo dije -replicó Paton-. Le haces regalos.

- Sí -dijo Lune-. Le di una pulsera de abeto azul. Estaba muy contenta.

- Se contenta con poco _dijo Paton-. Ya nadie las lleva.

- ¿Quién te lo dijo? -preguntó Lune.

-Eso no te concierne -dijo Paton-. ¿La manoseas, cuando estás con ella?

- Cállate -dijo Lune-. No se debe bromear con eso.

- Siempre tuviste debilidad por las rubias -dijo Paton-. Pero se pasará, como las otras. Es flaca.

- Habla de otra cosa -dijo Lune-. Tampoco me gusta que digas eso.

- Me fastidias -dijo Paton-. Vas a perder puntos en la Escuela si no piensas más que en eso.

- No -dijo Lune-. ¡Atención, ahí vuelven...!

Dejaron pasar al primero, un señor calvo que tenía una bolsa de ratones encurtidos. Y luego Paton tiró. Un flaco alto cayó haciendo "¡Cuic...!", y sus paquetes rodaron por el suelo. Paton mostró de lo que era capaz y Lune tiró a su vez. Bajó a dos, pero se volvieron a levantar y lograron alcanzar la brecha. Lune tronaba como un demonio y la pistola de Paton se encasquilló. Otros tres se les escaparon en las narices. Una mujer venía última y Lune, furioso, terminó su cargador sobre ella, mientras Paton salía de su agujero para completar el trabajo; pero estaba bien muerta. Una linda rubia. La sangre en sus pies desnudos pintaba sus uñas de rojo y, en la muñeca izquierda, llevaba una pulsera de abeto azul nueva. Era flaca. Había debido morir en ayunas, lo que es mejor para la salud.

[1] Antiguamente, la policía francesa usaba la esclavina a manera de porra. (N. del T.)

I

La locomotora lanzó un grito estridente. El mecánico comprendió que el freno la apretaba demasiado fuerte y giró la manivela en el sentido correcto, mientras un hombre de gorro blanco silbaba a su vez para tener la última palabra. El tren se puso en marcha lentamente. La estación estaba húmeda y oscura y no era agradable quedarse en ella.

Había seis personas en el compartimiento, cuatro hombres y dos mujeres. Cinco de ellas intercambiaban vocablos, y la sexta no. Partiendo de la ventanilla, sobre la banqueta de enfrente y de izquierda a derecha estaban Jacques, Raymond, Brice y una joven rubia, muy linda, Corinne. Frente a ella había un hombre cuyo nombre no se conocía, Saturne Lamiel y, frente a Raymond, otra mujer, morocha no muy linda, pero que mostraba las piernas. Se llamaba Garamuche.

- Se va el tren -dijo Jacques.

- Hace frío -dijo Garamuche.

- ¿Jugamos a las cartas? -dijo Raymond.

- ¡Al diablo, no! -dijo Brice.

- Usted no es muy galante que digamos -dijo Corinne.

- ¿Si se pusiera entre Raymond y yo? -dijo Jacques.

- Claro que sí -dijo Raymond.

- Es una buena idea -dijo Brice, que no era muy galante que digamos.

- Ella estará frente a mí -dijo Garamuche,

- Yo voy a su lado -dijo Brice.

- No se mueva -dijo Raymond.

- Venga, pues -dijo Jacques.

- Voy -dijo Corinne.

Se levantaron todos a la vez y se mezclaron, y hay que volver a empezar desde el comienzo. únicamente Saturne Lamiel no había cambiado de lugar, y seguía sin decir nada. De manera que, partiendo de la ventanilla, en la otra banqueta y de izquierda a derecha, estaban Brice, Garamuche, un espacio vacío y Saturne Lamiel. Frente a Saturne Lamiel, un espacio vacío. Y luego Jacques, Corinne y Raymond.

- Así estamos mejor -dijo Raymond.

Lanzó una mirada hacia Saturne Lamiel, que la recibió de lleno en el ojo y parpadeó, pero no dijo nada.

- No estamos peor -dijo Brice-, casi igual.

Garamuche volvió a ponerse la pollera en su lugar. Se empezaban a ver los clips niquelados que usaba para agarrar sus medias... Se arregló para que se pudiera ver lo mismo de un lado que de otro.

- ¿No le gustan mis piernas? -dijo a Brice.

- Escuche -dijo Corinne-, pórtese bien. Esas cosas no se preguntan.

- Usted es genial -dijo Jacques a Corinne-. Si usted tuviera la cara que ella tiene, también mostraría las piernas.

Miró a Saturne Lamiel y éste no apartó la cabeza, pero observó fijamente algo bastante lejano.

- ¿Si jugáramos a las cartas? -dijo Raymond.

- ¡Diablos! -dijo Corinne-. Eso no me divierte. Me gusta más charlar.

Hubo un instante de malestar, y todos sabían por qué. Brice puso el dedo en la llaga.

- Si en este compartimiento no hubiera personas que no quieren responder cuando se les habla -dijo-, no estaría nada mal.

- ¡Vaya! -dijo Garamuche-. ¡Usted me miró, ch, antes de decir eso! ¿Tal vez yo no le respondo?

- No es de usted de quien se habla -dijo Jacques.

Tenía el pelo castaño y los ojos azules, y una linda voz de bajo. Estaba bien afeitado, pero la piel de sus mejillas era azul como la espalda de un camarón crudo.

- Si Brice quiere habérselas conmigo -dijo Raymond-, quizá tendría que decirlo claramente.

Miró a Saturne Lamiel una segunda vez. Saturne Lamiel parecía absorto en sus pensamientos.

- En otros tiempos -dijo Corinne-, se conocían medios para hacer hablar a la gente. Durante la Inquisición. Leí cosas sobre eso.

Ahora el tren iba rápido, pero eso no le impedía hacer la misma reflexión cada medio segundo con sus ruedas. Afuera, la noche era sucia, y la arena de la estepa reflejaba algunas estrellas. De tiempo en tiempo, un árbol azotaba, con sus hojas avanzadas, el gran espejo frío.

- ¿Cuándo llegamos? -dijo Garamuche.

- No antes de mañana por la mañana -dijo Raymond,

- Tenemos tiempo de aburrirnos -dijo Brice.

- Si la gente sólo quisiera responder -dijo Jacques.

- ¿Usted dice eso por mí? -dijo Corinne.

- ¡Pero no! -dijo Raymond-. ¡Con él estamos enojados!

Se callaron súbitamente. El dedo tendido de Raymond designaba a Saturne Lamiel. Éste no se movió, pero los otros cuatro se sobresaltaron.

- Tiene razón -dijo Brice-. Nada de pretextos. Tiene que hablar.

- ¿Usted también va a Jonostrov? -dijo Jacques.

- ¿Le gusta este viaje? -dijo Garamuche, quien ocupó el espacio vacío entre ella y Saturne, dejando a Brice solo al lado de la ventanilla. Su gesto descubrió la parte alta de sus medias y los clips rosados de sus cosas niqueladas. Un poco de la piel de los muslos, también, curtida y lisa a pedir de boca.

- ¿Juega a las cartas? -dijo Raymond.

- ¿Oyó hablar de la Inquisición? -dijo Corinne.

Saturne Lamiel no se movió y arregló sus pies en la manta escocesa verde y azul que tenía sobre las rodillas. Su cara era muy joven, y su pelo rubio, cuidadosamente partido por una raya al medio, caía en olas iguales sobre sus sienes.

- ¡Vaya! -dijo Brice-. ¡Nos provoca!

Estas palabras no tuvieron eco, cosa natural si se considera que las paredes de un compartimiento de ferrocarril se comportan, dada su constitución, como materiales insonoros; y, por otra parte, es menester recordar que entra en juego cierta longitud de diecisiete metros.

El silencio era molesto.

- ¿Si jugáramos a las cartas? -dijo entonces Raymond.

- ¡Oh! ¡Usted! ¡Con sus cartas! -dijo Garamuche.

Visiblemente tenía ganas de que le hicieran cosas.

- ¡Déjenos en paz! -dijo Jacques.

- En la Inquisición -dijo Corinne-, les quemaban los pies para hacerlos hablar. Con hierros al rojo o cualquier cosa. También les arrancaban las uñas o les reventaban los ojos. Y...

- Está bien -dijo Brice-. ¡Ya tenemos con qué ocuparnos!

Se levantaron todos juntos, salvo Saturne Lamiel. El tren pasó bajo un túnel dejando oír un gran aullido ronco y un ruido de piedras golpeadas.

Cuando salió del túnel, Corinne y Garamuche estaban al lado de la ventanilla, una frente a otra. Al lado de Saturne Lamiel estaba sentado Raymond. Entre él y Corinne había un espacio vacío. Frente a Saturne estaban Jacques, Brice y un espacio vacío, luego Garamuche.

Sobre las rodillas de Brice se podía ver una valijita de cuero amarillo nuevita, con anillos niquelados para sostener la empuñadura y las iniciales de algún otro, que también se llamaba Brice, pero cuyo apellido llevaba dos P.

- ¿Va a Jonostrov? -dijo Jacques.

Se dirigía directamente a Saturne Lamiel. Este último tenía los ojos cerrados y respiraba suavemente para no despertarse.

Raymond volvió a colocar sus anteojos en su lugar. Era un hombre grande y fuerte, con anteojos gruesos y peinado con raya, el pelo un poco desordenado.

- ¿Qué hacemos? -dijo.

- Los dedos del pie -dijo Brice.

Abrió su valijita de cuero amarillo.

- Hay que sacarle los zapatos -sugirió Corinne.

- Preferiría que le aplicaran el método de los chinos -dijo Garamuche.

Se calló y se ruborizó porque todos la miraban con rabia.

- ¡No vuelva a empezar! -dijo Jacques.

- ¡Requetediablos! ¡Qué puerca! -dijo Brice.

- Exagera usted -dijo Corinne.

- ¿Qué es el método de los chinos? -preguntó Raymond.

Esta vez hubo un verdadero silencio de muerte, sobre todo porque el tren rodaba, en ese momento, sobre la porción de vía de caucho que acaban de construir entre Considermetrov y Smogogolets.

Eso despertó a Saturne Lamiel. Sus lindos ojos almendra se abrieron de un solo golpe y se subió la manta escocesa que se deslizaba sobre sus rodillas. Y luego volvió a cerrar los ojos y pareció dormirse.

Raymond se puso escarlata, en un gran ruido de frenos, y no insistió. Garamuche farfulló algo en su rincón y buscó su lápiz labial, que hizo salir y entrar rápidamente dos o tres veces a hurtadillas, para que Raymond comprendiera. Él se puso más rojo todavía.

Brice y Jacques se habían inclinado sobre la valijita, y Corinne miraba a Garamuche con asco.

- Los pies -dijo Jacques-. Sáquele los zapatos -sugirió a Raymond.

Éste, feliz de hacer algo útil, se arrodilló junto a Saturne Lamiel y trató de deshacer los cordones que silbaron y se retorcieron en todos los sentidos al ver que se acercaba. Al no lograrlo, los escupió como un gato enfurecido.

- Vamos -dijo Brice-. Usted nos demora.

- Hago lo mejor que puedo -dijo Raymond-. Pero no es posible deshacerlos.

- Tome -dijo Brice.

Tendió a Raymond una pincita afilada muy brillante. Raymond cortó el cuero de los zapatos alrededor de los cordones para evitar estropear a estos últimos, los que se enrolló alrededor de sus dedos después de haber terminado la operación.

- Está bien -dijo Brice-. Sólo falta sacarle los zapatos.

Jacques se encargó de eso. Saturne Lamiel seguía durmiendo. Jacques los puso en la red.

- ¿Si le dejaran los calcetines? -propuso Corinne-. Conservan el calor y ensucian la herida. Después, puede infectarse.

- Es una buena idea -dijo Jacques.

- ¡Fenómeno! -dijo Brice.

Raymond se había sentado al lado de Saturne y jugaba con los cordones.

Brice tomó de la valija amarilla un lindo soplete en miniatura y una botellita, y virtió nafta en el hueco. Jacques encendió un fósforo e inflamó la nafta. Se elevó una linda llama amarilla, azul y humosa, que quemó las pestañas de Brice, quien se puso a blasfemar.

Saturne Lamiel abrió los ojos en ese momento, pero volvió a cerrarlos enseguida. Sus bellas manos largas y cuidadas descansaban sobre la manta escocesa, entrecruzadas de una manera tan complicada que a Raymond le dolía la cabeza desde hacía cinco minutos que trataba de comprender.

Corinne abrió su cartera y sacó su peine. Se peinó delante del vidrio, porque el fondo negro de la noche le permitía verse en él. Afuera, el viento silbaba muy fuerte, y los lobos galopaban para recalentarse. El tren pasó a un viajero que pedaleaba sobre la arena con la última energía. Briskipotolsk no estaba lejos. La estepa seguía así hasta Cornoputshik, a dos verstas y media de Brantchotcharnovnia. En general, nadie podía pronunciar los nombres de esas ciudades, y se había tomado la costumbre de reemplazarlos por Urville, Macon, Le. Puy y Santa Cosa.

El soplete se puso a funcionar con un chasquido brutal y Brice reguló la válvula para obtener una llama corta y azul. Se lo pasó a Raymond y apoyó la valija amarilla en el suelo.

- ¿Hacemos una última tentativa? -propuso Raymond.

- Sí -dijo Jacques.

Se inclinó sobre Saturne.

- ¿Va hasta Jonostrov?

Saturne abrió un ojo y lo volvió a cerrar.

- ¡Qué puerco! -dijo Brice, rabioso.

Se arrodilló a su vez delante de Saturne y levantó uno de sus pies, sin precisar cuál.

- Si le quema las uñas primero -explicó Corinne-, hace más daño, y es más lento en cicatrizar.

- Páseme el soplete -dijo Brice a Raymond.

Raymond se lo alcanzó y Brice paseó la llama sobre la puerta del compartimiento para ver si calentaba. El barniz empezó a fundirse y despidió mal olor.

Los calcetines de Saturne olían peor aún al quemarse a su vez, por lo cual Garamuche reconoció que eran de pura lana. Corinne no miraba, había tomado un libro. Raymond y Jacques esperaban. Del pie de Saturne salía humo, y un fuerte chisporroteo y un olor a cuerno quemado, y unas gotas negras cayeron sobre el piso. El pie de Saturne se contraía en la mano sudorosa de Brice, a quien le costaba trabajo retenerlo. Corinne dejó su libro y bajó un poco el vidrio para aventar el olor.

- Deténgase -dijo Jacques-. Vamos a probar una vez más.

- ¿Juega a las cartas? -propuso Raymond con afabilidad volviéndose hacia Saturne.

Saturne se arrinconó en el ángulo del compartimiento. Tenía la boca un poco torcida y su frente se crispaba. Logró sonreír y cerró los ojos más fuerte.

- No sirve para nada -dijo Jacques-. No quiere hablar.

- ¡Qué cerdo! -dijo Brice.

- Es un tipo mal educado -dijo Raymond-. Cuando se encuentran seis personas en un compartimiento de ferrocarril, se habla.

- O se hace algo divertido -dijo Garamuche.

- ¡Cierre el pico, usted! -dijo Brice-. Ya sabemos qué quiere.

- Podría probar con sus pinzas -observó Corinne en ese momento.

Levantó su linda cara y sus párpados aletearon como élitros de mariposa.

- En el hueco de las manos encontrará elementos interesantes para atacar.
- ¿Detenemos el soplete? -dijo Brice.
- Pero no, sigan los dos -dijo Corinne-, ¿qué los urge? Jonostrov está lejos.
- Va a terminar por hablar -dijo Jacques.
- ¡Vaya! -dijo Garamuche-. Realmente, es un patán.

En la cara oval de Saturne Lamiel se dibujó una sonrisa fugitiva. Brice volvió a agarrar el soplete y atacó el otro pie hasta la mitad de la planta, mientras Raymond hurgaba en la valija.

La llama azul del soplete logró atravesar el pie de Saturne en el momento preciso en que Raymond encontraba el nervio. Jacques lo alentaba.

- Prueben bajo la rodilla, después -sugirió Corinne.

Extendieron el cuerpo de Saturne sobre una de las dos banquetas para trabajar más cómodamente.

La cara de Saturne estaba totalmente blanca y sus ojos ya no se movían bajo sus párpados. Había una violenta corriente de aire en el compartimiento, ya que el olor a carne quemada había aumentado hasta volverse insoportable, y a Corinne eso no le gustaba.

Brice apagó el soplete. De los pies de Saturne corría un humo negro sobre la banqueta manchada.

- ¿Si nos detuviéramos un minuto? -dijo Jacques.

Se secó la cara con el revés de la mano. Raymond se llevó la mano a la boca. Sentía ganas de cantar.

La mano derecha de Saturne se parecía a un higo estallado. De ella pendían trozos de carne y tendones.

- Es duro -dijo Raymond.

Y se sobresaltó al ver que la mano de Saturne caía por sí misma sobre la banqueta.

No podían sentarse los cinco en la otra banqueta, pero Raymond salió al corredor después de haber tomado una hoja de papel de lija y una lima de la valija amarilla para desentumecerse las piernas [1]. Así, de la ventanilla a la puerta, se reconocía a Corinne, Garamuche, Jacques y Brice.

- ¡Qué grosero! -dijo Jacques.
- No quiere hablar -dijo Garamuche.
- ¡Eso lo veremos! -dijo Brice.

- Voy a proponerles otra cosa -dijo Corinne.

II

El tren seguía andando en la estepa nevada y cruzaba filas de mendigos que volvían del mercado subterráneo de Goldzine.

Era bien de día ahora, y Corinne miraba el paisaje, que se dio cuenta y se ocultó modestamente en una conejera.

A Saturne Lamiel no le quedaba más que un pie y un brazo y medio, pero, como se había dormido, no se podía esperar razonablemente que hablara.

Pasaron Goldzine. Pronto Jonostrov, en seis verstas.

Brice, Jacques y Raymond estaban agotados, pero su moral aún pendía de tres hilos verdes, uno para cada uno.

El timbre teologal sonó en el corredor y Saturne se sobresaltó. Brice soltó su aguja y Jacques estuvo a punto de quemarse con el alambre eléctrico que sostenía. Raymond siguió buscando aplicadamente el sitio exacto del hígado, pero el tirador de Brice carecía de precisión.

Saturne abrió los párpados. Se sentó a duras penas, ya que la ausencia de su nalga izquierda parecía desequilibrarlo, y se subió la manta escocesa sobre su pierna hecha jirones. Los zapatos de los otros chapoteaban sobre el piso, y había sangre en todos los rincones.

Entonces, Saturne sacudió su pelo rubio y les dirigió una buena sonrisa.

- No soy charlatán, ¿eh? -dijo.

Justo en ese momento, el tren entraba en la estación de Jonostrov. Allí bajaban todos.

[1] Desentumecerse en francés es *dérouiller*, que también significa pulir, quitar el óxido. (N. del T.)

[Las hormigas, traducción de Víctor Goldstein para Ediciones Librerías Fausto]



Tijeretazos [Postriziny] Una revista de literatura y cine
tijeretazos@iespana.es www.tijeretazos.org